

*18 de octubre*

Parece que los pronósticos relativos a la falta de sol deberían empezar a cumplirse. Sin embargo, desde que hemos llegado a Inglaterra, sólo hemos dejado de ver el sol un día; y hoy ha lucido, desde el alba hasta la puesta, sobre un cielo puro, tenue, exquisito. Ya por la mañana jugueteaba al contraluz en las cortinas de nuestro cuarto. Mientras me dirigía a Liverpool, se entretenía empujando suavemente la neblina hacia los pueblos más lejanos. En la ciudad hacía relucir el lodo de las calles, y sonreír un poco al cielo recortado contra la negrura de los edificios. Al anochecer, moría como oro mate en los cristales de nuestras ventanas. He mirado afuera: iba a ponerse tras las montañas de Gales. Su desangrar teñía las aguas del estuario.

*31 de octubre*

Mis W.: «Los domingos no se toca el timbre» (faltaba una cucharilla para el té). Seguramente por esto la criada, cuando he llamado esta mañana, tenía una cara tan seria.

*1 de noviembre*

Delante de la universidad, en un edificio de planta baja construido *ad hoc*, tienen su asociación los estudiantes: la *Union*. Al inscribirse, pagan, con la matrícula, una cuota (2 libras, 7 chelines y 6 peniques) que incluye el *Guild of Undergraduates* y el derecho a hacer uso de los campos de deporte que tienen a tres millas de la universidad. Son en total entre 1.500 y 2.000 socios. En la *Union* hay salones de lectura, comedores, billares, etc. Muchos estudiantes toman aquí su lunch: hay mesas para unos ciento cincuenta. Existe separación de sexos. Un ala del edificio para los chicos, la otra para las chicas, y puertas de entrada diferentes. En el medio, sin embargo, una gran pieza común: el salón de actos y de baile. Hay tres o cuatro bailes cada mes. El primer baile del curso se da en honor de los nuevos estudiantes. Los profesores también pueden asistir, y los hay que bailan— con las profesoras o con la alumnas.

*8 de noviembre*

Hoy, en el Mersey Railway, he visto a una mujer embarazada. Se me hace que es la primera que he visto desde que estoy en Inglaterra. Y ya hace un mes que estoy.

*10 de noviembre*

Me dicen que aquí dejan pasar tres o cuatro días antes de enterrar a los muertos. ¡Y pensar que nosotros, no bien han pasado veinticuatro horas, nos los quitamos de encima!

*18 de noviembre*

Miss P.: «Hasta los siete años, a los niños basta con enseñarles urbanidad. Más es llenarles la cabeza inútilmente».

*1 de diciembre: atardecer*

Hemos ido a Heswall para inscribirnos en el registro policial y obtener los permisos de residencia. Al anochecer, difuminadas entre la bruma, las casas se ofrecían acogedoras, con luces encendidas que parecían hablar de la paz de los interiores en medio de la desolación y la fugidez del exterior. Basta echar un vistazo a este espectáculo para comprender por qué en este país el *hombre* tiene una importancia esencial.

*7 de diciembre*

Trayecto, que hago a menudo, entre West Kirby y Liverpool. En Holylake, una hilera de chalets a lo largo de la vía. Meols: una estación minúscula, elemental, pero con el prestigio del agua: un estanque donde se reflejan árboles raquíticos. Más allá de Meols, una llanura cenagosa, campos tristes y árboles misérrimos que semejan olivos menorquines. Una torre de vigía, al fondo, gris y solitaria. En Moretón empiezan las barracas: de todas dimensiones, colores y categorías; desde la barraca sórdida hasta el chalet pequeño, simple y coqueto, levantado a ras de suelo, con las cortinitas blancas. (Hay que decir que todos tienen cortinas: lo que varía es la calidad, el color y la limpieza). El conjunto, desde el tren, da una impresión de miseria o, por otro lado, de bienestar modesto. Sin embargo, días atrás, el profesor P. me hizo la pregunta:

– ¿No le agradaría vivir en una casita de éstas?

Le hice ver mi impresión.

– ¿Cómo? –exclamó– Tengo un amigo, profesor de Universidad, que vive aquí.

Llanura más dilatada y bella, difuminándose en la neblina, especialmente en mañanas de escarcha. Al llegar, en días de bruma, a la bifurcación de Bidston, la bruma se espesa. Los raíles se alejan y adensan. Las locomotoras pasan desprendiendo en densas bocanadas un humo de una blancura fosca. Uno siente que se acerca a un medio lóbrego y fabril. Asomando por encima del talud de la vía férrea, pueden verse los mástiles de los buques. Hacemos transbordo en el Mersey Railway y nos hundimos bajo tierra –y bajo las aguas del Mersey que, durante tres minutos, fluye sobre nosotros. Liverpool, James Street.

*Londres, 11 de diciembre*

Pocas cosas me hacen sentir con tal fuerza la pujanza inglesa como el Museo Británico y las chimeneas y locomotoras humeando entre la bruma.

*12 de diciembre*

*Londres-Dover.*-En el compartimiento, lleno, frente por frente, un italiano y una italiana que han entablado conversación. Ella, magnífica, semejante a una diosa opulenta –una Juno– pintada por el Giorgione: facciones regulares, ojos azul claro, boca *ampia e celeste*, cabello de un rubio veneciano. Él, pagado, correcto, cabello negro con hilos de plata, monóculo. La conversación anima rápidamente, con fuego meridional, a estas dos figuras que a primera vista uno podría tomar por impávidas y nórdicas. Ellos mismos se han engañado: ella lo ha tomado por norteamericano; él a ella, por inglesa. Y resulta que él es genovés y reside en Viena; y ella es veneciana y reside en Londres.

El flirt ha comenzado de buenas a primeras. Al poco rato (ella iba sólo a Dover, acompañando a una amiga sentada en silencio a su lado), él ya le proponía, persuasivo:

– ¡Bah! Prosiga el viaje con su amiga.

Pero los intervalos de silencio no quedaban huelgos de expresión. La sonrisa que ella iniciaba, franca, amplia, familiar, adherente, los llenaba en seguida, y les daba aún más eficacia que la que tenían las palabras. Incluso un desliz de él, largo y vejatorio, en lugar de atenuar el fuego de estos rápidos inicios, no ha hecho sino avivarlo con un chispazo vivaz.

Hablaban de los restaurantes italianos de Londres. El día que prefería el Z al X. Ella, intrigada, se ha interesado por la razón de su preferencia. Tal vez ello haya puesto en guardia a nuestro genovés (el X es un restaurante que, principalmente, atrae a su clientela con el cebo de los reservados), y se ha apresurado a explicar:

– *Io dico per la qualità del cibo.*

Después, la conversación ha ido por otros caminos, hasta que ella ha extraído una tarjeta y se la ha dado.

– Yo soy la mujer de este señor –le decía, y al decirlo le miraba en un suspense malicioso, casi maligno, esperando el resultado de su obra.

El resultado no se ha hecho esperar. El genovés ha saltado de su asiento y, precipitándose en una risa trepidante, ha exclamado:

– Ahora sí que estoy bien atrapado. Soy lo que los franceses llaman una *pince-sans-rire*.

Resultaba que la dama era nada menos que la dueña del restaurante X. Y él repetía, como excusándose –airosa excusa tratándose de un restaurante:

– *Io dico per la qualità del cibo.*

Daba igual: aquel desliz no era sino un motivo más para intimar, con precipitación, con vehemencia, con entusiasmo. ¡Como hubiera gozado Stend-

hal, con su italianofilia, su gusto por el apasionamiento y la sinceridad italianas, ante esta pareja y su vitalidad! Yo, cómodo espectador, sin ser Stendhal, sin juzgar la pasión patrimonio exclusivo de Italia (¿cómo es que no supo encontrarla en Francia?), sin juzgar admirable todo lo que es pasional y sincero, gozaba y me deleitaba hasta el punto de tener que hacer esfuerzos para no echarme a reír en mi rincón del compartimento, mientras a uno y otro lado, en la fina grisura de la mañana, el paisaje asentado de Kent se deslizaba junto a nosotros.

*Barcelona, 17 de diciembre*

He ido a ver al señor Rafael Patxot: «Inglaterra –me ha dicho– es el único país que hace hombres. Los otros hacen máquinas, autómatas, lo que sea, pero no hombres».

*14 de enero 1927*

*París-Calais.*—En el mismo compartimento iba un español. Al poco rato de charla, ha dicho:

- Yo soy de Madrid.
- Yo de Barcelona.

Y en seguida ha parecido como si una tenue cortina de recelo se hubiera interpuesto entre los dos. Ha habido una pausa. La conversación ha proseguido, pero curiosamente dificultada. Y él –la dificultad provenía sobre todo de él– ha acabado por desaparecer; y no le he vuelto a ver hasta que hemos llegado a Calais y ha venido a recoger su equipaje.

En la estación de Dover, sin embargo, se paseaba por el andén, solo, y debía sentir ese deseo de compañía y conversación que los castellanos sienten a menudo con vehemencia en un país extranjero. Se ha acercado a la ventanilla de nuestro compartimento. Los camareros había pasado ofreciendo té y pastas, guarneciendo generosamente la mesa. Ha lanzado una mirada entre curioso y melancólico:

- Qué bien están ustedes aquí –ha dicho.

Le hemos invitado a tomar algo. No se ha hecho de rogar. Desde ese momento su reserva ha desaparecido. Ha comido poco, pero no ha dejado de hablar, pese a que no parece muy parlanchín. Y ha llegado al extremo de hacernos confidencias, pese a que tiene el aspecto de un hombre reservado. Al separarnos, me ha dado su tarjeta y me ha ofrecido su domicilio.

Evidentemente, el hecho de que yo fuera catalán, quizás el hecho de habernos escuchado hablar en catalán, ha despertado en él esa aversión instintiva que muchos castellanos sienten hacia nosotros –una aversión que, por lo general, desaparece con el trato, aún breve. Y ha querido seguir el